

El jockey llegó a la puerta del comedor; después de un momento, entró y se puso a un lado, quieto, con la espalda apoyada contra la pared. El local estaba lleno; era ya el tercer día de la temporada y todos los hoteles de la ciudad estaban repletos. En el comedor, unos ramitos de rosas de agosto habían dejado caer pétalos sobre los manteles blancos y desde el bar cercano llegaba un sonido de voces cálidas y roncadas. El jockey esperaba con la espalda pegada a la pared y observaba el comedor con ojos apretados, rugosos. Examinó la habitación y su mirada llegó hasta una mesa de la esquina de enfrente en la que estaban sentados tres hombres. Observando, el jockey levantó la barbilla y echó la cabeza hacia un lado; su cuerpo de enano se irguió rígido y apretó las manos con los dedos curvos hacia dentro como garfios de hierro. Así, en tensión, contra la pared del comedor, miraba y esperaba.

Aquella tarde llevaba un traje de seda china verde bien cortado a medida y del tamaño de un disfraz de niño. La camisa era amarilla; la corbata a rayas, de colores pastel. Iba sin sombrero y llevaba el pelo cepillado hacia la frente en una especie de flequillo mojado y tieso. Su rostro era chupado, gris y sin edad. Había hoyos de sombra en sus sienes y sus labios se crispaban en una sonrisa forzada. Después de un rato se dio cuenta de que lo había visto uno de los tres hombres que él había mirado. Pero el jockey no saludó con la cabeza, levantó más la barbilla y metió el pulgar de su mano rígida en el bolsillo del chaleco.

Los tres hombres de la mesa de la esquina eran un entrenador, un corredor de apuestas y un rico. El entrenador era Sylvester, un sujeto grande, desgarrado, de nariz brillante y lentos ojos azules. El de las apuestas era Simmons. El hombre rico era el dueño de un caballo que se llamaba Seltzer, con el que el jockey había corrido aquella tarde. Los tres bebían whisky con soda, y un camarero uniformado con chaqueta blanca acababa de traer el plato principal de la cena.

Fue Sylvester el primero que vio al jockey. Desvió la vista en seguida, dejó su vaso de whisky y se frotó nervioso la punta de la nariz enrojecida.

—Es Bitsy Barlow —dijo—. Está ahí, al otro lado del comedor, mirándonos.

—¡Ah, el jockey! —dijo el rico. Estaba de cara a la pared y casi dio media vuelta para mirar hacia atrás—. Dile que venga.

—¡No, por Dios! —dijo Sylvester.

—Está loco —dijo Simmons. La voz del corredor de apuestas era opaca y sin

inflexiones. Tenía la cara de un jugador nato, ajustada cuidadosamente su expresión en equilibrio permanente de miedo y codicia.

—Bueno, yo no lo llamaría eso precisamente —dijo Sylvester—. Lo conozco desde hace tiempo. Estaba estupendamente hasta hace unos seis meses. Pero si sigue así, me parece que no dura otros seis meses, no puede.

—Fue aquello que le pasó en Miami —dijo Simmons.

—¿Qué? —preguntó el hombre rico.

Sylvester echó una mirada al jockey a través del comedor y se humedeció los labios con la lengua roja y carnosa.

—Un accidente. Un chico que se hirió en la pista. Se rompió una pierna y la cadera. Era muy amigo de Bitsy. Un irlandés. No era mal jinete tampoco.

—Es una pena —dijo el hombre rico.

—Sí. Eran muy amigos —dijo Sylvester—. Estaba siempre en el hotel en el cuarto de Bitsy.

Solían jugar al póquer o se tumbaban en el suelo a leer juntos la página de deportes.

—Bueno, son cosas que pasan —dijo el hombre rico.

Simmons cortaba su filete. Tenía el tenedor sobre el plato y amontonaba cuidadosamente sobre él las setas con la hoja del cuchillo.

—Está loco —repetía—. A mí me pone nervioso.

Estaban ocupadas todas las mesas del comedor. En la mesa del centro había un grupo de fiesta y las mariposas blancas y verdes habían entrado desde la noche y revoloteaban alrededor de las llamas claras de las velas. Dos chicas con pantalones de franela y chaquetas sueltas entraron del brazo y fueron al bar. De la calle principal llegaban los ecos de la histérica barahúnda de los vacacionistas.

—Aseguran que Saratoga es en agosto la ciudad más rica del mundo por cabeza —dijo Sylvester dirigiéndose al hombre rico—. ¿A usted qué le parece?

—No sé —dijo el hombre rico—. Podría serlo muy bien.

Simmons se limpió cuidadosamente la boca grasienta con la punta del índice:

—¿Y qué pasa con Hollywood? ¿Y Wall Street?

—Calla —dijo Sylvester—. Viene hacia acá.

El jockey había dejado la pared y se acercaba a la mesa de la esquina. Andaba pavoneándose, presumido, lanzando las piernas en un semicírculo a cada paso, taconeando viva y petulantemente sobre la alfombra de terciopelo rojo. Al andar se dio contra el codo de una mujer gorda vestida de satén blanco, que estaba en la mesa del banquete; el jockey retrocedió y se inclinó con cortesía estudiada, los ojos bien cerrados. Cuando hubo cruzado el comedor, acercó una silla y se sentó en una esquina de la mesa, entre Sylvester y el hombre rico, sin hacer el menor saludo ni cambiar en lo más mínimo su rostro gris e inmóvil.

—¿Has cenado? —preguntó Sylvester.

—Algunos lo llamarían cenar —la voz del jockey era alta, clara y amarga.

Sylvester puso el cuchillo y el tenedor cuidadosamente sobre el plato. El hombre rico cambió de postura, poniéndose de lado en la silla y cruzando las piernas. Llevaba pantalones grises de montar, las botas sucias y una chaqueta marrón muy estropeada. Ese era su atuendo día y noche durante las carreras, aunque nadie lo había visto nunca a caballo. Simmons siguió con su cena.

—¿Quieres un poco de seltz? —preguntó Sylvester—. ¿O algo por el estilo?

El jockey no contestó. Sacó una pitillera de oro del bolsillo y la abrió de golpe. Dentro había algunos cigarrillos y una navajita de oro minúscula. Usaba la navaja para cortar en dos los cigarrillos. Cuando hubo encendido el pitillo, levantó la mano y llamó al camarero que pasaba junto a la mesa.

—Un whisky, por favor.

—Mira, chico —dijo Sylvester.

—No me llame chico.

—Sé razonable. Sabes que tienes que ser razonable.

El jockey hizo una mueca rígida con el extremo izquierdo de la boca. Bajó los ojos mirando la comida que había encima de la mesa, pero los levantó en seguida. Delante del hombre rico había una cazuelita de pescado asado con salsa de crema y adornado con perejil. Sylvester había pedido unos huevos benedictinos. Había espárragos, maíz tostado con mantequilla y un platito con aceitunas negras. También una fuente de papas fritas en la esquina de la mesa, delante del jockey. No miró más la comida.

Fijaba sus ojos apretados en el centro de mesa con rosas abiertas.

—Me figuro que no se acordarán de cierta persona que se llamaba McGuire —dijo.

—Oye, mira, —dijo Sylvester.

El camarero trajo el whisky y el jockey se sentó acariciando el vaso con sus manos pequeñas, fuertes y callosas. En la muñeca llevaba una cadena de oro que golpeaba contra el borde de la mesa.

Después de dar vueltas al vaso entre las palmas de las manos, se bebió de pronto el whisky en dos tragos. Dejó el vaso con aire decidido.

—No, no creo que la memoria de ustedes sea tan larga y amplia —dijo.

—Claro que sí, Bitsy —dijo Sylvester—. Pero, ¿por qué haces estas cosas? ¿Has tenido hoy noticias del chico?

—He tenido una carta —dijo el jockey—. A esa persona de la que hablábamos la han quitado del personal el miércoles. Tiene una pierna dos pulgadas más corta que la otra. Eso es todo.

Sylvester chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Entiendo cómo te sientes.

—¿Sí?

El jockey miraba los platos de la mesa. Su mirada iba de la cazuelita de pescado al maíz y, finalmente, se fijó en la fuente de papas fritas. Apretó la cara, y levantó la mirada rápidamente. Deshojó una rosa y cogió uno de los pétalos, lo estrujó entre los dedos y se lo metió en la boca.

—Bueno, son cosas que pasan —dijo el hombre rico.

El entrenador y el de las apuestas habían terminado de comer, pero quedaba comida en las fuentes. El hombre rico se lavó los dedos grasientos en el vaso de agua y se secó con la servilleta.

—¡Vaya! —dijo el jockey—. ¿No quieren que les traiga algo? ¿O quizá desean repetir? ¿Otro filete, señores, o...?

—Por favor —dijo Sylvester—. Sé razonable. ¿Por qué no te vas arriba?

—Sí, ¿por qué no? —dijo el jockey.

Su voz aflautada era todavía más alta y tenía algo del plañido agudo de la histeria.

—¿Por qué no me voy a mi maldito cuarto y le doy vueltas y escribo unas cartas y me voy a la cama como un buen chico? ¿Por qué no...? —empujó su silla hacia atrás y se levantó—. ¡Ah, mierda! —dijo—. Váyanse a la mierda. Quiero algo de beber.

—Te hará daño —dijo Sylvester—. Tú ya sabes el mal que esto te hace. Lo sabes de sobra.

El jockey cruzó el comedor y se acercó a la barra. Pidió un Manhattan y Sylvester lo miró, de pie con los talones juntos, apretados, el cuerpo tieso como un soldado de plomo, con el meñique separado del vaso, y bebiendo despacio.

—Está loco —dijo Simmons—. Ya lo dije.

Sylvester se volvió al hombre rico:

—Si se come una chuleta de cordero, se le ve la silueta en el estómago una hora después. No digiere ya las cosas. Pesa ciento doce libras y media. Ha engordado tres libras desde que dejamos Miami.

—Un jockey no debe beber —dijo el hombre rico.

—La comida no le satisface como antes y no la suda. Si se come una chuleta de cordero, la puedes ver saliendo de punta en el estómago y no le baja.

El jockey terminó su Manhattan. Tragó, aplastó la cereza en el fondo del vaso con el pulgar, y apartó el vaso lejos de él. Las dos chicas en pantalones estaban de pie a su izquierda, mirándose, y al otro lado del bar dos chicos habían empezado una discusión sobre cuál era la montaña más alta del mundo. Todos estaban acompañados; no había nadie solo aquella noche. El jockey pagó con un billete nuevo de cincuenta dólares y no contó el cambio.

Volvió al comedor, a la mesa en la que estaban sentados los tres hombres, pero no se sentó.

—No, no me atrevería a pensar que la memoria de ustedes es tan buena —dijo. Era tan bajo que el borde de la mesa le llegaba casi al cinturón y cuando agarró la esquina con sus manos nervudas no tuvo que doblarse—. No, ustedes están demasiado ocupados en tragar cenas en restaurantes. Están demasiado...

—De veras —rogó Sylvester—. Tienes que ser razonable.

—¡Razonable! ¡Razonable!

El rostro gris del jockey tembló, luego se detuvo en una sonrisa helada y desagradable. Sacudió la mesa hasta que los platos se tambalearon, y por un momento pareció que la iba a volcar. Pero de pronto se detuvo. Alargó la mano a la fuente que estaba a su lado y se metió deliberadamente en la boca un puñado de papas fritas. Masticó despacio, con el labio superior levantado, y de pronto se volvió y escupió la masa pastosa sobre la suave alfombra roja que cubría el suelo.

—¡Libertinos! —dijo. Su voz sonaba fina y rota. Saboreó la palabra como si tuviera un sabor que le gustara—. ¡Son unos libertinos! —repitió, y volviéndose se marchó del comedor con su rígido pavoneo.

Sylvester encogió uno de sus hombros pesados y caídos. El hombre rico secó un poco de agua que se había vertido sobre el mantel, y no hablaron hasta que vino el camarero a recoger los platos.